SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (A)
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
1 de junio de 2014
Hch 1, 1-11; Ef 1, 17-23; Mt 28, 16-20

Os propongo, queridos hermanos y hermanas, fijarnos en tres frases de las lecturas que acabamos de escuchar para que nos ayuden a vivir con más intensidad y con más alegría espiritual la fiesta de la Ascensión del Señor.

En la primera lectura escuchábamos de Jesús que*, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista.* Después de haber cumplido su misión hasta dar la vida en la cruz y compartir la suerte de todos los difuntos, el Señor resucitó. Y ahora, después de haberse manifestado como viviente a los discípulos, retorna, con su humanidad, a la gloria del cielo arrastrando las heridas resplandecientes de los clavos y de la lanza, que son la prueba eterna de su ternura, de su misericordia sin límites. Es lo que profesamos en el Credo: "resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre". Jesús es el Señor, el Hijo de Dios hecho hombre, que se ha hecho solidario de todos sus hermanos en humanidad, compartiendo sudores y lágrimas, alegrías y esperanzas de un futuro sin dolor ni llantos. Pero, como Señor le corresponde reinar, con un reinado de paz y de justicia ejercido desde el amor y la humildad que ha mostrado en su vida mortal. Su humanidad entra definitivamente en la gloria divina simbolizada por la *nube* que lo hizo perder de vista a los discípulos. Vuelve al Padre desde donde había descendido a las entrañas de Santa María al hacerse hombre. Todo esto nos es motivo de alegría, porque amamos a Jesús y sabemos cómo se ha dado a favor nuestro hasta morir; nos alegramos por él. Y todo esto nos es motivo de alegría, además, porque nosotros, desde el bautismo, estamos llamados a participar de esta gloria después de nuestra muerte. Y porque, en tanto que la eucaristía es la prenda, estamos llamados a participar de esta gloria de una manera incipiente ya en esta vida.

La segunda frase que quería subrayar es, también, de la primera lectura y está en consonancia con la primera frase que he comentado: *El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse*. Lo decimos de modo semejante en el Credo: "volverá glorioso a juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin". Saber por la fe que el Señor volverá glorioso es la razón de nuestra esperanza de cristianos y la motivación para actuar haciendo el bien y procurando amar a todos. Porque, cuando vuelva el Señor, el juicio será sobre el amor (cf. Mt 25, 31-46), tanto para los que todavía estén en vida como para los que ya hayan traspasado el umbral de este mundo. Por eso no nos podemos quedar *mirando al cielo,* sino bien arraigados en la tierra, para vivir el Evangelio y transformar la sociedad como la levadura en la masa (cf. Mt 13, 33). Este regreso del Señor será el final de la historia y establecerá su reinado sobre el universo, sometiendo a todos los poderes del mal y de la muerte. También esto nos es motivo de alegría; una alegría que proviene de la esperanza del triunfo definitivo de Jesucristo y de nuestra incorporación a él, no por mérito nuestro sino por su misericordia hecha perdón y hecha don de inmortalidad.

La tercera frase que quería subrayar, en cambio, está tomada del Evangelio de hoy y parece en contradicción con las dos anteriores: *yo estoy* –dice- *con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo* Si dice que se va y que volverá, ¿cómo puede decir que estará con nosotros todos los días? ¿Hay alguna manera de encontrar coherencia entre las tres frases? Cuando dice que se va y que volverá, hace referencia a su presencia visible; desde la Ascensión Jesús no se encuentra al alcance de nuestros sentidos corporales, pero al final de la historia volverá glorioso y será visible de un extremo a otro de la tierra (cf. Lc 21, 27-28). En este intervalo entre la primera venida en la encarnación y la segunda, que comprende muchos siglos, él no nos ha

abandonado a nuestra suerte, ni nos mira de lejos. Por ello, tal como hemos oído en el Evangelio de hoy, antes de dejar nuestro mundo visible, asegura a los suyos una presencia permanente, *todos los días* les dice, y una asistencia eficaz. De una manera invisible, que no captan nuestros sentidos corporales, pero que sí descubre nuestra fe, él está entre nosotros, presente en su palabra, en los sacramentos y de manera eminente en la Eucaristía, presente en el Iglesia, presente en nuestra asamblea, presente en cada persona. No está, pues, pasivo a la derecha del Padre. Está presente en el Pueblo cristiano; ejerce como Rey Mesías, salvador y sanador, para liberar a la humanidad a medida que las personas se le van abriendo y para establecer la paz en el mundo. Y ejerce, también, como sacerdote intercediendo a favor de los creyentes para que seamos santos y nos santifiquemos con su gracia; y, además, intercede a favor de toda la humanidad para que el Reino de Dios llegue a su plenitud (cf. Hb 7, 25; Mt 25, 31) y Dios pueda ser *todo en todos* (1Cor 15, 28).

Que, por gracia de Dios, pues, podamos conocer -como decía el Apóstol en la segunda lectura- la *extraordinaria grandeza de su poder para nosotros* por razón de esta presencia entre nosotros de Jesucristo resucitado. Y conocer *cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos* en la casa del Padre. Esta realidad nos es un nuevo motivo de alegría porque sabemos que mientras estamos en este mundo él camina con nosotros, nos ofrece su palabra, nos da fuerzas con su alimento. Y, esta realidad, nos es también motivo de esperanza cuando experimentamos las dificultades de vivir en cristiano o de trabajar para transformar nuestra sociedad haciéndola más habitable, más justa y más fraterna para que sea presencia ya del Reino de Dios sobre la tierra.

La solemnidad de la Ascensión no es, por tanto, una fiesta melancólica de despedida, sino una celebración de alegría porque el Cristo resucitado inaugura una nueva manera de estar presente en medio de nosotros sin dejar de estar a la derecha del Padre, lleno de gloria y de ternura. La Eucaristía es el lugar por excelencia de su presencia entre nosotros y de su encuentro fraterno con cada uno. Vivámos esta presencia en la Eucaristía, con alegría y con aprovechamiento espiritual.